

bres en la tierra? Yo le respondí, que muy grandiosa, religiosa y pia: que le adoraban por Rey de todos los Dioses. Y él volviendo á reirse con aquella afabilidad primera, me dixo aquestas palabras: qué bien te burlas, Menipo, y qué bien (al fin como hombre) quieres con discreto disimulo encubrir sus vanas opiniones, como si yo no las supiera todas: ya pasó aquella edad dorada, en que me tenían á mí en la tierra por médico y adivino: porque sin duda lo era todo; y así los conocian los hombres, quando con solemnes sacrificios impetraban mi amparo en sus necesidades: entónçes sí que estaba viva mi memoria, y no habia templo adonde no fuese Júpiter servido y adorado. Pisa y Dodona, ciudades á mi Didad consagradas, se frecuentaban de los hombres incesablemente, tanto que del humo de los sacrificios que dedicaban á mis aras, me aconteció muchas veces no poder abrir los ojos. Pero despues, Menipo amigo, que Apolo en la isla de Delfos constituyó el oráculo; y Esculapio en Pergamo puso tienda de medicina; y Bendidio nació en Tracia; y el templo de Anube fué edificado en Egipto, y el de Diana en Efeso, á éstos acuden los hombres, allí con las mas solemnes fiestas, en ellos los grandiosos sacrificios, pareciéndoles que á mí me le hacen muy cumplido, si de cinco en cinco años me consagran los Olympios juegos: trátanme como Dios viejo, como á protector cansado, como si los defectos de la edad pudieran comprenderme. Mira lo que vale la novedad acerca de los hombres, y lo que puede la introducion de varias opiniones: díganle mis altares mas frios que las leyes de Platon, y mas desiertos que

que los silogismos de Crisipo. Hablando de sus sentimientos Júpiter divino, llegamos al lugar adonde habia de dar audiencia á los deseos humanos: estaban á trechos unas claravoyas en el cielo (bien así como las bocas de los pozos) desde adonde se divisaba el mundo, si les quitaban unas ricas cubiertas que tenian: cerca de cada una de ellas estaba una silla de oro en proporcion para asomarse una persona. Llegando pues el Dios Júpiter á la primera, corriendo la cortina, se sentó á oír á los que le llamaban desde el suelo: innumerable gente concurrió en muy pequeño instante de todas las partes de la tierra, pidiéndole cosas varias y peticiones diversas, que yo á su lado atentamente escuchaba por saber los diversos deseos de los hombres; qual soberbio y rico pedia á Júpiter reynos y mayorías; el pobre que creciesen sus ajos y cebollas; el que queria heredar, pedia la muerte de su padre; la de su muger el mal casado; éste pedia buena sentencia en el pleyto; aquel que encubriese las asechanzas que ponía á su hermano para quitarle la hacienda; y el otro que le coronase en los juegos Olympios: entre los que navegaban, uno queria que ventase Boreas; qual que soprase Noto; qual que templase Zéfiro: el labrador pedia agua á su batanero; y al fin cada uno lo que habia menester para su trato, lo provechoso á su oficio, sin que hubiese alguno que se acordase de procurar el bien del próximo, y pedir la merced para el amigo. Júpiter los escuchaba atentamente, oyendo la diversidad de sus deseos, y concediendo los justos: exemplo que ha de mirar el superior, el Rey y el Príncipe. Los deseos que admitía, que eran los



santos y justificados, los dexaba entrar por aquella divina claravoya, y despues de admitidos los ponía á su diestra, para darlos entero cumplimiento; y á los deseos necios, injustos y mal pensados los tornaba á enviar vacíos, echándolos segunda vez á la tierra con un soplo que les daba, porque no pudiesen llegarse á la claravoya. Sobre un contrario deseo, petición de dos personas, le ví estar mucho dudando; porque habia dos que pedian cosas contrarias, prometiéndole iguales sacrificios, y el Dios no acababa de determinarse, á quién de los dos concedería aquello que le pedian: y aunque me perdone su saber, entónces me pareció un poco tocado de la opinion y disciplina de los Académicos, que siempre lo dudan todo, sin determinarse en nada: calidad poco conveniente para gobiernos superiores, para premiar servicios y para hacer mercedes; porque el indeterminable no sabrá ser gobernador ni Príncipe. Mucho, como he dicho, dudó Júpiter, y al fin no concedió nada á uno ni á otro: costumbre de los que lo dudan todo, que no vienen á hacer nada.

Despues que se hartó de oír deseos, se partió de allí cerrando la claravoya; y abriendo la segunda ocupó otra silla de oro, inclinando la cabeza á la tierra para oír á los que hacian alianzas y contratos, á los que componian amistades y pleytos, y á los que juraban y mentian; gente perniciosísima en la república, y de quien no se puede fiar nada. Allí estuvo escuchando muchas cosas, y despues de haber muerto con un rayo á Hermodoro Epicuro por blasfemo, castigo merecido de los tales, pasó á otra claravoya para oír á los adi-

vinos y agoreros. ¡Válgame Dios! y qué de necedades, qué de engaños oyó Júpiter de aquellos hombres enredadores y engañosos, y qué mal estaba con los que daban crédito á semejantes marañas: colérico ví á Júpiter contra los tales grandemente. De allí se pasó á la claravoya, por donde entraban al cielo los sacrificios, cuyo humo dulcísimo á los Dioses, les declaraba el nombre de quien sacrificaba, y pedía devotamente el cumplimiento de su intencion piadosa.

Despues de aquesto dispuso las ocupaciones á los vientos y á las horas: mañana llueva en Scytia, relampaguee en Lybia, nieve en Grecia, tú, Boreas, sopla en Lydia, tú Noto, no salgas de la cueva, Zéfiro altere las ondas del mar Adriático, haya tormenta en Capadocia, y esparzan las nubes cantidad notable de granizo; y así fué distribuyendo las acciones y término del venidero día: y concluida la audiencia, nos fuimos á la sala, adonde se juntaron á cenar los Dioses, porque era ya muy noche, y avisaron á Júpiter que le esperaba la vianda. Grandiosa era la mesa, riquísima la baxilla, diversos y bien aderezados los servicios, la sala lucía con estrellas, brillando á su divina luz los solios ricos en que se asentaron diversidad de Dioses. Mandó Júpiter á Mercurio que me acomodase, y despues de haber andado en diversos cumplimientos, al fin me hu- be de asentar cerca de Pan y Corivante, entre Athe y Sabario, Dioses advenedizos y bastardos, no legitimos y naturales, como los otros que allí estaban. Empezóse la cena al son de acordada música: la Diosa Ceres dió el pan, Baco administraba el vino, Hércules las carnes,



los pescados Neptuno, Pamonas flores, y Priapo frutas. Venus estaba hermosa coronada de myrto, Neptuno de murta, Baco de pámpanos, Ceres de espigas, Júpiter de encina, Apolo de laurel, y Pan de yedra. Servia Ganimedes á Júpiter la copa, tan galan y hermoso, que yo disculpé al Dios del hurto que de él hizo: no se vió cena como ésta, pues fué representativa solamente, pues los Dioses no comian, porque fué lo mismo que en muchas partes dice Homero, á lo que yo pienso, habiéndolo él visto de la misma manera que lo ví yo en el cielo aquella noche; que los supremos Dioses ni comen pan ni beben vino, sino que en lugar de estas groseras viandas nuestras les sirven nectar y ambrosia con que dulcísicamente se embriagan: con esto y con el humo de los sacrificios se sustentan: porque su olor suave vuela á recrear sus narices. Lo que yo puedo afirmar que el nectar es real bebida, y de notable sustento; porque como Ganimedes es amigo de los hombres, quando Júpiter volvía los ojos á otra parte, á escondidas me llenaba bastantemente el vaso. Tambien ví que la sangre de los animales que les sacrifican, les sirve á los Dioses de sustento; porque desde los altares sube al cielo: al fin ellos comen poco de quanto los hombres tenemos por regalo. Lo que duró la cena, hubo sabrosísimo entretenimiento: tocó la cítara Apolo, Sileno representó el Cordaco, y las nueve Musas cantaron la Teagonia de Hesiodo, y el primero de los cantares del famoso Pindaro; y despues de hartos de las preciosas viandas, nos pusimos á reposar (no mal bebidos) cada uno en el mismo lugar que habia cenado: ocupó el sueño á los Dioses al mis-

mo tiempo que en la tierra reparte la noche á los humanos miedo, quietud, silencio, desvelos y cuidados. Todos los Dioses dormian, y yo no pude cerrar los ojos, porque dí en desvelarme con la imaginacion de las diversas cosas que habia visto. Espantábame mucho que teniendo tantos años, nunca le naciese barba á Apolo: tambien dudaba cómo era posible nacer la nieve en el cielo, donde siempre estaba el sol: tales desvelos como estos me quitaron el sueño, hasta que me adormecí un poquito.

Á la mañana en levantándose Júpiter, juntó el concilio de los Dioses, y desde un riquísimo trono les habló en esta substancia: que les juntaba entónces por mí hombre peregrino, y que un dia ántes habia llegado al cielo: y como yo (decia) ha tanto tiempo que deseo moderar la soberbia de éstos que el mundo llama filósofos, con facilidad ha irritado mi justa venganza contra ellos, no este hombre (aunque harto me ha provocado lo que de esta gente ha dicho) sino las querellas que de ordinario me hace la luna de su desenvoltura y desvergüenza; y viendo que ésta se aumenta cada dia al paso que los hombres los aplauden, he querido juntaros hoy á todos, para que veais el mas acertado remedio para atajar este daño. Muy bueno es (ó Dioses soberanos) que quieran estos murmuradores tasar desde la tierra nuestras magnitudes y estaturas, si somos gordos ó flacos, si grandes ó pequeños, sin que nos defienda de sus perversas lenguas habernos apartado tanto de sus ojos: género de gente es éste que no ha mucho que se ha introducido opinadamente con semejantes conjeturas y disparates, gastando el tiempo ociosamente en rom-



bos y figuras, en dimensiones y puntos que pudieran aprovechar en actos mas loables y mas provechosos á la república: hombres son ociosos y baldíos, que ambiciosos de mayores aplausos procuran desdorar la opinion mas accepta de los otros, siendo así que pocos hay de estos filósofos hipócritas que no sean viciosos y glotonos, soberbios y licenciosos, de infame vida y costumbres; y al fin diciendo lo que dice Homero de ellos, son carga inútil de la tierra. Estos pues repartidos en diversas sectas y disciplinas, son inventores de entrincados laberintos, de variedad de vidas, de diversidad de preceptos, de adonde hace al pueblo confusion notable: porque cada uno defiende su opinion con pertinacia: tales se llaman Académicos, quales Stóicos, unos Epicureos, y otros Peripatéticos, y no faltan algunos que tienen otros nombres mas soberbios y presumidos, aunque éstos son los que dan á las quatro cabezas, á que se reducen otros muchos: éstos pues en adquiriendo con fingida hipocresía el nombre de virtuosos, que tan mal merecen, se atreven á mil maldades, cubriendo con muestras de santidad innumerables vicios: dexan crecer la barba y el cabello: traen hábito humilde, que engañosamente sirve de funda á grandes galas y bizarrías; no levantan los ojos de la tierra, arrugan la frente, suspiran y andan de espacio, siendo así que tienen llena el alma de defectos gravísimos y de maldades feísimas. Comparo yo á estos hipócritas á los comediantes, que mientras representan, hacen el papel de Príncipes y Reyes, y casi lo parecen en los preciosos adornos con que se muestran: mas acabada la farsa, quedan vilísimos hombres sin estimacion

ni honra: así estos filósofos hinchados, estos doctos sin virtud: y siendo tales y tan viles sus costumbres, tienen en poco á todos los demas hombres, y no solo con los mortales usan estos atrevimientos, que á nosotros mismos se atreven, diciendo mil falsedades, y escribiendo de todos mil marañas y mentiras: esto enseñan en sus escuelas, esto persuaden á los mozos, que engañados de sus fingidas apariencias, los reducen á sus vicios ántes que la edad y la experiencia les descubra sus errados caminos. Predícanles con grande elegancia de palabras los méritos de la virtud, fundando su valor en aquellas apariencias inútiles, y en aquel nombre loable para despues enseñarles con mas facilidad quëstiones vanísimas y llenas de incertidumbre, con proposiciones equívocas, que puedan reducirse á diversas significaciones y términos: delante de sus discípulos engrandecen incesablemente la templanza y modestia; mas quando se ven á solas, ¿quién podrá contar las maldades que cometen? Exercítanse bastantemente en todo vicio con torpezas y atrevimientos indignos de hombres de vergüenza. No me atrevo á contar la fealdad de sus costumbres, no solo juzgadas por escandalosas de los mas libres hombres; pero nunca cometidas de los mas culpados: ¿cómo serán, para que yo las diga en medio de tantos Dioses? Vuestra prudencia las imagine, si quiera porque no sufra yo el empacho de decirlas, quando le tengo de saberlas. Sufro demas de esto como cosa intolerable, que no valiendo estos nada, ni sabiendo, ni aprovechando para el provecho particular ó público; y siendo inútiles bestias para ayudar á la república, ni con armas en la guer-



ra, ni en la paz con saludables consejos, soberbiamente quieren destruir los virtuosos y santos, y á los que procuran el bien y aumento de la patria, ya con su trabajo ó industria; y así acusan á los inocentes con mentira, quitan la fama al bueno, favorecen al malo, son traidores con los amigos, amigos de los traidores, injurian al conocido, maltratan al extranjero, absuelven al culpado, y condenan al virtuoso, truecan la vergüenza y el recato con la disolucion y desenvoltura, dan sentencias injustas siendo entre ellos tenido por mas docto el que disculpa al reo, y el que con mas atrevimiento procura el daño de los buenos; siendo así, que como ellos jamas supieron serlo, cánsales que ninguno lo parezca: ninguno hay en todos que se incline á obras loables, que aprenda ciencias provechosas, porque con parecer virtuosos, se contentan: predicán para los otros sin jamas aprovecharse de lo que enseñan, porque con el semblante austero, flaco, y amarillo, con andar descalzos en el invierno, y con no comer en público viandas preciosas ni regaladas, son peores que aquel Dios de la calumnia, Momo, pues todo lo reprehenden, todo lo vituperan y contradicen, aunque sea muy santo y bueno: si algun rico hace algun banquete, no faltará ninguno de la mesa: dicen ellos, que para autorizarla, y mienten, que es por hartarse; mas si algun pobre está enfermo, si algun amigo los ha menester para algo, hácese de los no entendidos, y afirman con muchos juramentos, que no supieron tal cosa, aunque los mismos que la han pasado se la digan: todo quanto es hacer bien, ignoran totalmente: el procurar su provecho, y el quitarle al pró-

xi-

ximo lo saben mejor, que quanto estudian: tan abominables hombres bien es que sean aborrecibles á cielo y tierra, á los Dioses y á los hombres, pues á todos hacen tan irreparables daños. La injuria que nos hacen los que de estos se llaman Epicúreos, ¿quién la ignora? ¿y cuál de vosotros, ó Dioses inmortales, no la teme? pues tienen por opinion, y lo peor es, que la enseñan y predicán, que los Dioses no tenemos cuidado de la disposicion de los sucesos de los hombres, ni podemos ver desde el cielo las obras que hacen: falsedades que obligan á nuestra providencia á que salga á la defensa de esta causa, para que con tiempo se busque remedio al daño, que forzosamente se nos ha de seguir de tal doctrina: porque si una vez acaban de persuadirse á los hombres que viven en el mundo, sin duda que vendremos los Dioses en muy pocos dias á morir de hambre: porque ¿cuál de ellos querrá, pregunto yo, hacernos sacrificios, ni honrarnos con honores sumos, si no espera de nosotros galardón y recompensa? Puédense deshacer nuestras aras, perderse nuestras memorias, quedando desiertos los templos mas frequentados, si la falsedad de estas opiniones se admite por verdadera: acudamos con presteza al remedio de tantos daños, perezca gente tan perjudicial al cielo y tierra. Bien oisteis todos la relacion que de sus maldades hizo ayer Menipo, y las graves querellas que de ellos nos truxo de la luna: para la decision de este caso os he llamado, porque elijais prudentemente, lo que juzgáredes ser mas provechoso y útil á los hombres, y á nosotros los Dioses lo que fuere ménos peligroso.

Calló Júpiter, y empezó la inquietud de los



votantes, á quienes indignó bastantemente este discurso: pedían á voces venganza de los filósofos, diciendo á Júpiter, que al punto los hiciese pedazos con sus rayos, y que abrasados los sepultase en los abismos: decíanle, que los oprimiese como á los gigantes, ó que los confundiese en los infiernos, y con esto crecían sobradamente la confusion, el ruido y voces; no se entendían los unos con los otros, queriendo todos executar el decreto. Hizolos callar otra vez Júpiter (que no fué poco, segun la vocería habia en el cielo) y díxoles, que se haria como se habia votado, si bien era forzoso suspender la execucion hasta el año venidero, á causa que en aquellos dias se celebraban en la tierra las fiestas Hieromenías, y estaban puestas treguas por quatro meses con los hombres, y mandada pregonar la seguridad de toda desventura, porque aquella solemnidad se hiciese mas alegremente; pero que daba su palabra, que al principio del primer verano serian destruidos los filósofos, hipócritas, los malos y perjudiciales con un espantable rayo, de manera que ninguno quedase. Esto afirmó Júpiter con airado semblante cansado de las maldades de estos hombres; y tratando de mis vuelos, fué ventilada mi culpa, habiendo en la junta diversos pareceres en mi provecho, y en mi daño. Y viendo Júpiter la diversidad de votos, advocó la causa á sí, y me condenó en que se me quitasen las alas, porque no pudiese otra vez volar al cielo, y que Mercurio me baxase á la tierra al mismo punto. Con aquesto se despidió el Concilio de los Dioses, y asiéndome el hijo de Maya de una oreja, me puso ayer tardé sobre el Zeramico, sin que yo supiese,

como, ni por donde vine. Esta fué mi jornada, amigo mio, y pues sabes lo que me pasó en el cielo, dame licencia para ir á decirlo á los filósofos que se andan paseando en la plaza Picila, para que enmienden sus vidas, pues solo han de vivir de aquí al verano.